

“LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA EN EL DIARIO *EL COMERCIO* DE
LIMA: LA APASIONADA PALABRA DE CARLOS MIRÓ QUESADA
 (“GARROTÍN”)

OLGA MUÑOZ CARRASCO

Saint Louis University, Madrid Campus

“A grandes males, grandes remedios. La guerra civil es un remedio terrible, pero heroico, muy amargo, pero en ciertos casos indispensable”. Con estas palabras justificaba el periodista peruano Carlos Miró Quesada la necesidad de una guerra en territorio español, acontecimiento que sería seguido con pasión desde el otro lado del Atlántico. Tras décadas de desencuentros, Hispanoamérica redescubría en 1936 a su Madre Patria, lugar donde, además, se estaban “jugando los destinos de Europa” (Miró Quesada, “La guerra civil...”). Esa imagen de España como madre, inmortalizada por César Vallejo en su poemario *España, aparta de mí este cáliz*, fue común igualmente entre los sectores que apoyaron la causa nacionalista. Los intelectuales de todo el mundo acusaron lo que Niall Binns ha resumido como “la llamada de España”, esa necesidad de comprometerse con un conflicto que sentían como propio. Poetas, narradores, historiadores, viajeros y otros tantos hicieron llegar, con su escritura, la guerra española a sus compatriotas. Y entre todos ellos, sin duda, los periodistas despuntaron como referentes imprescindibles en la toma de posición que cada país hispanoamericano exhibió ante la guerra civil. Carlos Miró Quesada, alias “Garrotín”, encarna perfectamente el papel que el periodista jugó en la transmisión de los trágicos acontecimientos españoles en el Perú.

LA AUTÉNTICA ESPAÑA

Carlos Miró Quesada pertenecía a una familia con una tradición periodística asentada: su padre dirigía *El Comercio* –como él mismo haría después– cuando fue asesinado en 1935 junto con su esposa por un aprista. El protagonismo de los Miró Quesada en la vida política y social de la Lima de entonces era ineludible y *El Comercio* destacaba por ser uno de los diarios más influyentes del momento. “Garrotín”, seudónimo de Carlos Miró Quesada, tuvo a su disposición la sección “Problemas del mundo”, en la

que se dedicaba a analizar la situación política internacional. Durante 1937, además, permaneció en Europa como corresponsal, con base en Italia, desde donde enviaba artículos que mostraban abiertamente su admiración por el fascismo y divulgaban los valores de sus líderes. De hecho, su interés por la figura de Benito Mussolini le llevó a escribir un trabajo dedicado a su obra (*In torno gli scritti e discorsi di Mussolini*). Y con respecto a Adolf Hitler, su revisión de *Mein Kampf* concluía que sus “frases [...] forman un verdadero y saludable catecismo político (López Soria 225).

La posición de *El Comercio* con respecto a la guerra civil, por lo tanto, es fácilmente deducible a la luz de lo mencionado. Desde unos momentos iniciales de zozobra ante las primeras noticias llegadas de la península, el diario avanzó rápidamente hacia la consolidación de una postura de respaldo evidente a los nacionalistas. La historiadora Ascensión Martínez Riaza ha llamado la atención sobre la evolución del diario durante los primeros días de la guerra, y la ha resumido como una “basculación progresiva desde la consideración del alzamiento como un levantamiento contra el gobierno legítimo al apoyo de las posiciones franquistas” (679). El cambio se aprecia muy claramente en la distinta nomenclatura adoptada por los periodistas de *El Comercio* para nombrar los hechos, pues el inicial “levantamiento contra el gobierno legítimo” se convierte al poco en “necesario alzamiento a favor de la verdadera España”:

Resulta por lo mismo curioso que los corresponsales cablegráficos llamen *rebeldes* a los sublevados y *leales* a quienes defienden al Gobierno de Madrid. Es la fuerza de la costumbre. Pero la verdad es otra. En una guerra civil de las proporciones y consecuencias de la actual, es aventurado calificar de *insurgentes* a quienes se batan por restablecer el orden. ¡Paradoja viva que profundiza el caos y da sombríos contornos a la anarquía! (Miró Quesada, “La guerra civil...”. El énfasis es mío).

La justificación de la sublevación, como ya vimos al comienzo con ese “a grandes males grandes remedios”, descansaba sobre la premisa de que la auténtica España se encontraba amenazada. De ahí que no pudiera calificarse a los sublevados de insurgentes, ya que en realidad estaban afianzando una lealtad absoluta, que no era otra que la debida a la Patria. Dice Carlos Miró Quesada: “[...] la patria estaba en peligro. Ha sido precisamente el Tercio de Marruecos, que tantas glorias heroicas dio a España, el que inició la revuelta. Su lealtad al Gobierno se encontró supeditada por su *lealtad a la bandera española*” (“La guerra civil...”. El énfasis es mío).

Esta convicción de que solo una de las partes combatientes en la península podía con propiedad ser llamada “España”, este énfasis en identificar al bando republicano con el comunismo extranjero –y, por consiguiente, con algo ajeno a lo español–, es una de las líneas articuladoras más constantes en la prensa pronacionalista peruana. Existe una cuestión subyacente fundamental aquí, y es que advertimos que los intelectuales peruanos que apoyaban a Franco se esforzaron en cifrar la identidad nacional del Perú en la pertenencia a una tradición arraigada en España, una tradición que se había asentado por siglos en la religión, la monarquía, el idioma... En caso de sucumbir el nacionalismo español, las consecuencias del desastre no quedarían circunscritas a España sino que, con la destrucción del ideario tradicionalista, se desencadenaría también la disolución de la identidad nacional de esas alejadas hijas que eran las naciones hispanoamericanas. Esta amenaza se encontraba implícita en muchos artículos de *El Comercio*, así como en otros periódicos que se situaron en oposición abierta a los republicanos (*La Prensa*, *La Crónica*). Pero volviendo a “Garrotín”, la insistencia en una única España verdadera puede registrarse incluso en textos que no abordan directamente el análisis político, como podemos comprobar al leer la entrevista al Duque de Alba. Cuenta “Garrotín”:

El 20 de mayo pasábamos por el peñón de Gibraltar. A pocos metros del islote se ve la población de la Línea, donde se libraron los primeros terribles combates entre las fuerzas de Franco y los milicianos comunistas. La artillería de los barcos rojos desmanteló el puerto. Fueron días y noches de zozobra y espanto. La *rabia moscovita* vomitaba plomo y fuego sobre las defensas portuarias, sin poder vencerlas. Y es que el enfermizo fanatismo de los sectarios comunistas no ha podido dominar ni una vez siquiera, las maravillosas virtudes del *auténtico* pueblo español. (“Entrevista con el Duque de Alba”. El énfasis es mío).

SIMILITUDES EXACERBADAS

El paralelismo entre la situación española y la peruana fue otra de las aproximaciones a la contienda más exhaustivamente tratada en los periódicos de Lima. El Perú, que en octubre de 1936 veía anuladas sus elecciones e iniciaba a la fuerza una prórroga antidemocrática impuesta por el general Óscar R. Benavides, se había convertido en un país donde las tensiones sociales y políticas afloraban violentamente. En esa tesitura, recordaban los grandes diarios a sus lectores, cualquier debilidad ante la izquierda podría ser aprovechada por esta para imponer un régimen comunista que acarrearía las desgracias que ya estaban de hecho sufriendo los españoles. La tragedia

española se ilustraba a diario en los periódicos con fotografías y artículos de distinta índole –ensayos, crónicas, entrevistas, poemas–, y en las publicaciones más tradicionales toda esta información se orientaba especialmente a denunciar los asesinatos de religiosos, la quema de iglesias y, en definitiva, la desatada crueldad republicana. Los editoriales de *El Comercio*, una vez más, eran directos al respecto:

Por fortuna, es fácil ya prever la victoria de los nacionalistas; victoria en la que los hispanoamericanos vemos no el predominio de tal o cual sistema político (que es lo que más interesa a pueblos de otra raza), sino la conservación y aun la exaltación de los valores ideales de la España auténtica y tradicional, que hemos recibido como preciosa herencia y que nos son indispensables para nuestra vida individual y colectiva. (*El Comercio*, “La ruptura...”).

Más allá de las declaraciones de principios recogidas en los editoriales, la prensa peruana se sirvió abundantemente del testimonio para mostrar la situación española. De este modo, ocuparon muchas páginas de los diarios algunas figuras recién llegadas de España, como sucedió con el famoso dramaturgo peruano Felipe Sassone, quien abandonó la península poco después del estallido de la guerra. Las crónicas de viajeros que pasaban por el Callao hallaron su espacio igualmente en *El Comercio*, así como el testimonio de sacerdotes perseguidos o de algunos intelectuales extranjeros. Todo este material, repleto de vivencias y referencias biográficas, reforzaba de manera mucho más directa e íntima la posición ideológica de los distintos diarios. “Garrotín” contribuyó sin duda en este sentido, y pueden seguirse, por ejemplo, sus entrevistas al Duque de Alba o a Alfonso de Borbón. Precisamente en el artículo dedicado a este último nos topamos con una nueva advertencia, la que hace el destronado rey con respecto al peligro que constituye no ya la Tercera Internacional sino la Cuarta, organizada por ese “corifeo del comunismo” que es León Trotsky y quien solo en Barcelona tiene más de sesenta mil seguidores. Y añadía ante la inquietud del periodista peruano: “Esa Cuarta Internacional trabaja también para minar los países sudamericanos”. (Miró Quesada, “Entrevista a don Alfonso de Borbón”). “Garrotín” comentó explícitamente en este mismo texto la importancia de dicha afirmación, considerando además el hecho de que Trotsky se encontraba a la sazón residiendo en México.

Los artículos de Carlos Miró Quesada supusieron un encuadre de la situación política e histórica de España en el marco del fascismo, movimiento al que, como hemos visto, el periodista se adhería plenamente y en el que confiaba como solución al complicado panorama político internacional. Su corresponsalía en Italia, además, le

permitió entrevistar a algunos fascistas europeos. El encuentro con el Conde Ciano, canciller y yerno de Mussolini, ejemplifica esta labor:

El Conde Ciano es una de las personalidades más destacadas de la política europea. Es joven, muy joven. El régimen fascista ama la energía, el entusiasmo, la actividad. [...] El fascismo quiere que las nuevas generaciones participen en la lucha. [...] En el presente ciclo convulsionado y trágico, los hombres de postguerra poseen un vasto campo de ejercicios. (Miró Quesada, “El Conde Ciano”).

LOS INTELLECTUALES Y LA HISTORIA

En este variado elenco de personajes, cabe resaltar cómo los diarios limeños dieron protagonismo en sus páginas a las posiciones de algunos intelectuales españoles, bien para criticar su apoyo inicial a la República, bien para alabar su posterior cambio de rumbo con respecto a sus primeras posturas liberales. En realidad, el seguimiento de la trayectoria ideológica de Miguel de Unamuno o de José Ortega y Gasset puede registrarse en varios países hispanoamericanos, incitado además por los viajes que algunos de estos escritores emprendieron; tal fue el caso de Ortega y Gasset y Gregorio Marañón, cuya estancia en Argentina ha sido puntualmente estudiada por Niall Binns en su libro *Argentina y la guerra civil española*. Varios son los artículos dedicados a estos autores en diferentes periódicos peruanos pero, una vez más, me ceñiré a las palabras que “Garrotín” dedicó a la intelectualidad española en su artículo “Manuel Azaña y la tragedia”:

Unamuno, republicano de la primera hora, reniega hoy de sus entusiasmos democráticos; Ortega y Gasset se frota los ojos como quien vuelve de una pesadilla, para decir: “No era esto lo que queríamos”; Machado tiene la nostalgia de un ideal insatisfecho [...]. Los intelectuales se equivocaron. (“Manuel Azaña...”).

Con esta terminante afirmación (los intelectuales se equivocaron) intentaba neutralizarse el peso que escritores y pensadores de todo el mundo tuvieron como activos defensores de la República española. La situación en el Perú, con el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) ilegalizada y la mayor parte de sus integrantes exiliados o represaliados, no permitía un apoyo público por parte de los intelectuales izquierdistas peruanos. Los pocos que consiguieron levantar la voz en Lima lo hicieron clandestinamente, y sufrieron por ese compromiso consecuencias como el exilio o la

cárcel –José María Arguedas, César Moro o Emilio Adolfo Westphalen, por ejemplo—. Mientras tanto, numerosos escritores peruanos desterrados a causa de la dictadura del general Benavides lograban organizar el apoyo a la República desde el extranjero, como hiciera el historiador Luis Alberto Sánchez desde Chile. También ellos abordaron la compleja evolución ideológica de ciertos españoles ilustres, como podemos comprobar en el texto “Los intelectuales españoles ante la insurrección fascista”, escrito por Vallejo, residente en París. Aquí, comentando la inevitable repercusión ideológica y moral que Unamuno ejercía sobre sus compatriotas, afirmaba el poeta:

Es una traición a sí mismo y a la colectividad, que el escritor ahonda aún más, si cabe, buscando la coartada en posturas de una originalidad rebuscada, morbosa o de un inconformismo al revés, que, en realidad, no son sino otros tumbos y trapiés del hombre en su caída. (Vallejo, “Los intelectuales...”).

El apoyo en la prensa peruana a uno u otro bando en lucha se desarrolló asimismo sobre la base de una revisión y actualización de la historia de España. En un primer momento se abordaron los acontecimientos inmediatamente anteriores a la guerra, esto es, los años de la República. Las tropelías del bando antinacionalista constituían el argumento definitivo para quienes rechazaban la salida del país de Alfonso XIII. Oímos la voz de “Garrotín”:

El derrumbe próximo del régimen de Manuel Azaña es la derrota de los intelectuales españoles. El 14 de abril de 1931 fue el triunfo precario y trágico de los escritores peninsulares. Se creyó entonces que derribar a Alfonso XIII era vivir de nuevo. ¡Iba a nacer la República! Hemos visto con hechos inobjectables lo que la República ha significado para todos. (“Manuel Azaña...”).

Pero enseguida las crónicas comenzaron a remontarse siglos, a recordar una época de esplendor perdido para España. Incluso escritores prorrepurbanos, con Vallejo al frente, desempolvaban la imagen de un país con una trayectoria histórica excepcional a fin de intentar entender los acontecimientos del momento. Así, en 1937, en su discurso en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, Vallejo afirmó que España, a quien le había tocado ser la creadora de continentes, estaba destinada entonces a sacar de la nada al mundo entero (“La responsabilidad...”). Desde el bando franquista y de manera casi unánime en la prensa tradicionalista, se produjo también la exaltación del pasado heroico español, pasado que volvía a relucir en episodios como el del Alcázar de Toledo. Sin ir más lejos, por las venas del Duque de Alba, confirmaba “Garrotín”, corría la sangre de los conquistadores de Flandes y su familia descendía en

línea directa de aquel que dirigió los Tercios en los tiempos de Felipe II (“Entrevista con el Duque de Alba”).

En este sentido, resulta coherente el hecho de que *El Comercio* demandara del Perú un mayor compromiso con el frente nacionalista, hasta el punto de animar al gobierno de Benavides a un reconocimiento oficial de Franco desde muy temprano. Cuando el país andino rompió definitivamente sus relaciones diplomáticas con el gobierno republicano en marzo de 1938, un editorial del periódico abogaba por un frente común hispanoamericano a favor de Franco:

Pero, por lo mismo que el resultado de la guerra civil española es fácil de predecir, sería quizás oportuna una acción de las Cancillerías hispanoamericanas en el sentido de reconocer el Gobierno del General Franco; acción que vendría a significar una fuerza moral puesta al servicio de la causa más justa y más fuerte, en la actual contienda, y que podría apresurar el fin [...]. (“La ruptura...”).

LA GUERRA CIVIL EN LA PRENSA PERUANA

El Comercio, *La Prensa* y *La Crónica* integraron la tríada de diarios que con más ahínco trataron de desentrañar la guerra civil española. Los medios de *El Comercio* para cubrir la contienda fueron numerosos y variados: opinión, crónicas de guerra, poemas, viñetas, mapas, discursos, reportajes fotográficos, anuncios de colectas a favor de los franquistas... En cuanto a sus colaboradores, *El Comercio* ofreció con frecuencia plumas extranjeras, tales como la del francés Pedro Francisco de Arminjón o la de los españoles “El Caballero Audaz” y Joaquín Arrarás, muy presente gracias a su artículo seriado “La epopeya del Alcázar. El diario de los sitiados”. Y, desde luego, como gran diario que era, *El Comercio* destacó por la contribución periódica de ciertas firmas fijas: “Káskaras” (Fausto Gastañeta Espinoza), “René Tupic” (José María Barreto) y José E. Ruete García. Entre estas, sin duda, sobresale la de “Garrotín”. En definitiva, *El Comercio* brindó a sus lectores una información continua, con un formato variado, que resultó imprescindible en la formación de la opinión limeña –y por extensión peruana– con respecto a la guerra de España. No hay que olvidar, por otro lado, que la prensa nacionalista no tuvo en estos años diarios prorrepúblicanos capaces de contrarrestar con otra visión la que difundían estos grandes periódicos citados. Las escasas publicaciones del otro lado que vieron la luz fueron clandestinas y tuvieron una repercusión muy limitada –tal es el caso de *CADRE*, *España Libre* o *Voz de España*.

“Muchas trágicas enseñanzas presenta ya la guerra civil en España”, afirmaba Carlos Miró Quesada en agosto de 1936 (“La guerra civil...”). La contienda, como demuestran estas palabras de nuestro corresponsal, fue explicada por la prensa nacionalista peruana con una firme vocación pedagógica, con una postura moral inquebrantable que alentaba y fue moldeando una identificación del Perú con España a través del idioma, la religión y la historia. Porque la guerra civil constituyó para todos, de un lado u otro, como declaró Vallejo, “ese palpitante, humano y universal desgarrón español en el que el mundo se inclina a mirarse, como en un espejo, sobrecogido, a un tiempo, de estupor, de pasión y de esperanza” (Vallejo, “Las grandes lecciones culturales...” 796).

BIBLIOGRAFÍA

Binns, Niall. *Argentina y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur, 2012.

------. *La llamada de España. Escritores extranjeros en la guerra civil*. Madrid: Montesinos, 2004.

El Comercio. “La ruptura de nuestras relaciones con el Gobierno de Barcelona”. *El Comercio* (20, marzo, 1938).

López Soria, José Ignacio. *El pensamiento fascista (1930-1945)*. Lima: Francisco Campodónico R. Editor y Mosca Azul Editores, 1981.

Martínez Riaza, Ascensión. “La lealtad cuestionada. Adscripción política y conflicto de autoridad en la representación española en el Perú, 1933-1939”. *Hispania. Revista Española de Historia* 223 (2006): 671-694.

Miró Quesada Laos, Carlos (“Garrotín”). “La guerra civil en España”. *El Comercio* (4, agosto, 1936).

------. “Manuel Azaña y la tragedia”. *El Comercio* (1, octubre, 1936).

------. “El Conde Ciano”. *El Comercio* (3, julio, 1937).

----- "Entrevista con el Duque de Alba". *El Comercio* (6, julio, 1937).

----- "Entrevista a don Alfonso de Borbón". *El Comercio* (21, julio, 1937).

----- *In torno gli scritti e discorsi di Mussolini*. Milano: Fratelli Trevis, 1937.

Vallejo, César. *España, aparta de mí este cáliz*. Monserrat, Cataluña: Ediciones Libertarias del Comisariado del Ejército del Este, 1939.

----- "Los intelectuales españoles ante la insurrección fascista". *La Opinión* (Santiago de Chile, 26, diciembre, 1936).

----- "La responsabilidad del escritor". *El Mono Azul* (Madrid, febrero, 1939): 47.

----- "Las grandes lecciones culturales de la guerra española". *Repertorio Americano* (San José de Costa Rica, 27, marzo, 1937).